

Alfredo Joignant y Patricio Navia (compiladores), *Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*, Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile, 2013, 379 pp.

Mauro Basaure*

La lectura de *Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973* nos vuelve a aguijonear el intelecto con cuestiones claves que destacados intelectuales extranjeros se plantearon a propósito de los antecedentes y del destino del proyecto socialista de la Unidad Popular (UP). La agudeza de los compiladores, Alfredo Joignant y Patricio Navia, se pone en juego no solo en la propia selección de los textos, sino que también en el modo de agruparlos. Hay ahí una trama temática que produce por sí misma un efecto de conocimiento. El libro se estructura en cuatro partes: “Chilenos contra chilenos” (pp. 57-181), “La élite polarizada” (pp. 191-272), “El golpe vino de afuera” (pp. 275-322) y “La izquierda haciendo Historia” (pp. 325-379).

El artículo inicial, “El golpe a la cátedra. Los intelectuales del primer mundo y la vía chilena al socialismo” (pp. 11-52), es de los propios compiladores. Ellos proporcionan un contexto muy enriquecido –por análisis, referencias y reflexiones– que permite abordar de manera informada cada una de las partes del libro. Para la primera parte seleccionaron cuatro textos. El primero de ellos es del sociólogo Alejandro Portes –“Radicalismo de izquierda en Chile. Examen de tres hipótesis” (pp. 57-80)–. Publicado incluso antes del inicio de la UP, en enero de 1970, este texto es un estudio del radicalismo en un lugar único: a diferencia de cualquier otro país, en Chile un radicalismo de izquierda –muy organizado y masivo– había logrado desarrollarse en el interior mismo de la institucionalidad democrática. Si esta es la precondition histórica de la vía chilena al socialismo, el estudio de Portes –basado en la relación causal entre estructura social y posición política– es, aun cuando de manera indirecta, un estudio sociológico importante de dicha precondition.

El segundo artículo es de Richard Ratcliff y se titula “Capitalistas en crisis: la clase alta chilena y el golpe de Estado del 11 de septiembre” (pp. 81-99). Escrito en 1974, este artículo se sustenta sobre la mecánica de la acción y la reacción: es porque la UP logró actuar efectivamente contra el interés capitalista que tuvo lugar una reacción de contraataque por parte de quienes defendían dichos intereses. Esta simple lógica argumental permite decir, de una parte, que la UP sí actuó, es decir, no fue inmovilizada por una supuesta incapacidad de resolver la contradicción entre democracia y revolución socialista; de otra parte, dice que el origen motivacional del golpe no fue el malestar de la clase media (por mucho que esta lo haya apoyado) expresado en un movimiento de militares (también de clase media) en

* Universidad Andrés Bello, Santiago de Chile. *Groupe de Sociologie Politique et Morale*, EHESS, París, Francia. Correo electrónico: mauro.basaure@gmail.com. Reseña realizada dentro del marco de los proyectos Fondecyt Regular N° 1140344 y Núcleo Acciones Colectivas en Chile (1990-2015), DI-446-13/N.

defensa de dicha clase. Se trató de un movimiento encabezado por militares pertenecientes mayoritariamente a la clase alta, pues el golpe fue la reacción de esta clase y su modo de restaurar el dominio del capital. No se trató de un golpe orientado al mero recambio de líderes. Su tarea fue mayor: asegurar el dominio del capital, para lo cual era necesario extirpar el radicalismo de izquierda y toda posibilidad de que resurgiese, de ahí no solo la crueldad y el carácter criminal del golpe, sino que también la exclusión de la Democracia Cristiana del proceso posgolpe. Por último, el golpe se explica más por el carácter que adquirió el propio conflicto de clases en un juego de acción socialista y reacción capitalista, que por la intervención de Estados Unidos en el marco de la guerra fría.

Los dos artículos que siguen van de la mano: el segundo revisita las tesis del primero. En cierta medida, el artículo de Guillermo O'Donnell –publicado en 1978 y titulado “Reflexiones sobre los patrones de cambio en el Estado burocrático-autoritario” (pp. 101-144)– viene a reafirmar lo dicho por Ratcliff. Para O'Donnell la dinámica posterior del golpe y las diferencias entre –y especificidades de– los Estado-Burocráticos-Autoritarios (EBA) en América Latina pueden descifrarse en función de los grados de amenaza subversiva al orden socioeconómico previo a los golpes de Estado. La lógica causal de acción y reacción está aquí también presente: el grado de amenaza sentido por las clases dominantes influye en el grado de cohesión de ellas, en el grado de alineamiento e involucramiento de las fuerzas armadas y, con ello, en el cómo se responde a la subversión, tanto a nivel del grado de represión contra los sectores populares como del grado de ortodoxia de la afirmación de un proyecto socioeconómico capitalista. Según esto, la sensación de amenaza sentida por las clases dominantes chilenas tiene que haber sido extremadamente alta para explicar la criminalidad y atrocidad de la represión militar.

Karen Remmer y Gilbert Merkx, en su artículo de 1982 titulado “El autoritarismo burocrático revisitado” (pp. 145-188), revisan críticamente la tesis de O'Donnell. Ellos ponen una cortapisa al punto en que Ratcliff y O'Donnell tendían a coincidir. Basándose en la comparación de datos, Remmer y Merkx dudan de que la diferencia entre las expresiones nacionales del EBA –tanto en el grado de represión como en la ortodoxia del proyecto económico– pueda derivarse del nivel percibido de amenaza subversiva al orden socioeconómico en la situación pregolpe. En un gesto pragmatista, para explicar dichas diferencias, dicen ellos, es necesario relevar variables o factores posgolpe, propiamente políticos y no prepolíticos. Dichos factores tendrían mayor peso explicativo: es lo que ocurre en las propias luchas políticas y los resultados de estas lo que influye mayormente en los diferentes patrones de represión y política económica, alineamientos políticos, etc., que se dieron en América Latina.

En la segunda parte del libro Joignant y Navia reúnen dos artículos. El primero de ellos es de Henry Landsberger y Tim McDaniel y se llama “Hipermovilización en Chile, 1970-1973” (pp. 191-232). Publicado en 1976, este estudio trata ya no sobre los enemigos externos de la UP, sino que sobre sus “enemigos internos”, los propios trabajadores. La tesis de Landsberger y McDaniel es que la UP, el “gobierno de los trabajadores”, en realidad no contó ni con la unidad de los trabajadores ni tampoco con la movilización ordenada y funcional de ellos. Por el contrario, no estaban unidos bajo ninguna posición ideológica, y en el marco de esta

división muchos trabajadores se movilaron más hacia la izquierda o hacia la derecha de la UP; en todo caso hacia posiciones que se alejaban del marco institucional democrático defendido por el gobierno. En particular, el sector ultraizquierdista de la clase trabajadora habría complicado a Allende no solo por las acciones ilegales acometidas, sino que además porque, con ello, le entregó a la oposición la justificación para decir que el gobierno había perdido el control y que el caos y la guerra civil se hacían cada vez más inevitables. Los procesos revolucionarios que han sobrevivido, dicen Landsberger y McDaniel, han tendido a apoyarse inicialmente en las masas para después desmovilizarlas y ponerlas bajo control. Pero Allende no solo no restringió las libertades políticas de sus enemigos externos; tampoco restringió las de sus enemigos internos.

“La opinión pública y el desplazamiento del gobierno chileno hacia la izquierda, 1952-1972” (pp. 233-272) se llama el artículo escrito por James Prothro y Patricio Chaparro. Fue publicado en 1974, pero escrito justo en el momento del golpe. Por razones teóricas y también empíricas, ellos ponen un matiz muy relevante en la tesis de la creciente izquierdización de la sociedad chilena desde mediados del siglo XX (Portes). Tal izquierdización tuvo lugar básicamente en las élites políticas, pero hubo un hiato entre ellas y la cultura política de los ciudadanos de a pie. Con esta refinación o diferenciación de la descripción de la izquierdización, Prothro y Chaparro hacen aparecer con claridad científica un nuevo flanco de debilidad de la UP, a saber, su falta de base popular. Con ello, los procesos históricos aparecían ahora menos profundos y más reversibles que lo que Allende los hacía aparecer en sus discursos.

Nuevamente son dos los artículos que Joignant y Navia seleccionaron para la tercera parte del libro. El primero es de Paul Sigmund, “El ‘bloqueo invisible’ y el derrocamiento de Allende” (pp. 275-293). La celebridad de este artículo reside paradójicamente en que sus tesis fueron desmentidas por el propio Congreso de los Estados Unidos muy poco después de ser publicadas. Sigmund defiende al país del norte: el boicot económico no fue un factor decisivo en el derrocamiento de Allende, entre otras cosas porque algo así no habría tenido lugar en realidad. La ayuda económica del bloque europeo y norteamericano habría disminuido muy poco y su disminución se explicaría más por la simple y pura racionalidad del sistema económico –esto es, en función del simple hecho de que Chile se había convertido en un “cliente riesgoso”– que por la sucia racionalidad política de la guerra fría. La fórmula del desastre de septiembre de 1973 habría sido una enorme inflación y una aún más grande polarización de clases y no el bloqueo económico comandado desde el norte.

El propio Sigmund se vio forzado a revisar sus tesis, cuestión que hizo en un artículo de 1976, “U.S. policy toward Chile” (*Latin American Research Review*, 11, pp. 121-127), el cual resulta ser uno de los grandes ausentes de esta compilación. En vez de incluirlo, Joignant y Navia optaron por contraponer a Sigmund un artículo de otro autor. Se trata del trabajo de Kyle Steenland, “El golpe de Estado en Chile” (pp. 295-322), publicado en 1974. Aquí se afirma ampliamente la tesis de la intervención de Estados Unidos hasta el punto de señalar que, además del bloqueo, la CIA participó incluso en los últimos detalles del golpe. Como su título lo indica, este artículo es una suerte de crónica detallada del golpe de Estado; está

dividido en una trama de antes, durante y después del golpe, y va detalle por detalle haciendo una anatomía de lo sucedido. El relato de Steenland muestra cómo el golpe se fue gestando desde mucho antes de que ocurriera. Los propios allanamientos a fábricas y poblaciones habrían sido formas de preparación del golpe, pues permitieron recabar información clave sobre lugares y personas potencialmente involucradas en una resistencia. Defendiendo la tesis del asesinato de Allende, Steenland se hace parte de una discusión que recién este año, 2014, viene a cerrarse jurídicamente. Todo lo anterior lo señala Steenland poniendo como marco lo que considera fueron los grandes errores político-estratégicos del gobierno de la UP. Este habría sido incapaz de mantener la disciplina en su coalición, habría subestimado el poder de la burguesía y del imperialismo de los Estados Unidos y, lo más importante, no habría desarrollado un plan de contingencia sistemático para enfrentar al golpismo; ello pese a que la información sobre la inminencia del golpe estaba a la mano. Allende habría querido evitar la guerra civil; la masacre que tuvo lugar, sin embargo, fue la peor de las dictaduras conocidas en América Latina. La figura trágica es conocida, aunque aquí aparece invertida: queriendo lograr un bien se logra el peor de los males. Ese artículo prepara bien el acceso a la última parte del libro.

En la cuarta se agrupan tres artículos y una discusión. Conviene comenzar por esta última, protagonizada por Paul Sweezy y Andrew Zimbalist. Ella reúne tres artículos breves y un comentario: “Sweezy sobre Chile” (pp. 335-339) escrito por Zimbalist en marzo de 1972; “Una réplica” (pp. 341-343) a Zimbalist escrita por Sweezy también en marzo de 1972; y una “Réplica a Sweezy” (pp. 345-347) hecha por Zimbalist en mayo del mismo año que se acompaña de un “Comentario de Paul Sweezy” (p. 347). Este intercambio tiene lugar antes del golpe de Estado y se centra, de una parte, en la pregunta por el carácter reformista o revolucionario del proceso de la UP y, de la otra, en el tipo de críticas que los intelectuales de izquierda podían legítimamente hacerle a un gobierno socialista en plena lucha. Zimbalist acusa a Sweezy de inventar argumentos que condenan falsamente a Allende como reformista y, con ello, de equivocar su rol como intelectual de izquierda: con la introducción de falsas dicotomías habría ayudado a la desunión de la izquierda chilena y a la pérdida de apoyo a la UP.

Sweezy, por su parte, responde señalando que, en estos procesos, lo único verdaderamente relevante es la cuestión de quién tiene poder; cuestión que –a diferencia de otras experiencias revolucionarias– no habría sido resuelta por el gobierno de Allende. Para Sweezy el poder es el único ingrediente que logra solidificar los procesos históricos hacia el socialismo. En algún momento tiene que plantearse la pregunta por el poder, pues existe o revolución o contrarrevolución, pero no caminos intermedios. Un intelectual, agrega finalmente, debe poder plantear sus críticas y análisis con independencia de los resultados y del posible conflicto con los poderes existentes. En su réplica, Zimbalist reconoce que el problema del poder es central para la revolución, pero agrega que ese problema no se resuelve de una vez para siempre, sino que se hace más bien en el marco de un proceso. Según esto, el gobierno de Allende se habría encontrado en un proceso lento de transformación de las bases del poder. No habría resuelto el problema, pero sí dado pasos en esa dirección. Con un breve comentario, Sweezy responde finalmente que Zimbalist se niega a asumir la cruda

verdad de que la UP no tiene una vía de solución, ni siquiera provisional, para enfrentar el problema del poder.

Esta discusión tuvo lugar antes del golpe. El artículo de Sweezy fue escrito después de él, por eso escribe como quien sabe que la historia le ha dado la razón y se la ha negado a Zimbalist. Para Sweezy, el golpe solo vino a confirmar lo que para él era obvio, a saber, “que no existe una vía pacífica al socialismo”. Así inicia Sweezy su artículo “Chile: la cuestión del poder” (pp. 325-333), publicado en diciembre de 1973. Con ello no quiere decir que la violencia sea el único camino, sino solo que en algún minuto la confrontación violenta con quienes defienden el dominio del capital resulta inevitable. La UP fue gobierno, pero nunca tuvo el poder y tampoco se planteó el tomárselo para sí. Estos errores, dice Sweezy, sirven como lección negativa para el socialismo mundial: todo proyecto socialista debe prepararse para triunfar en el irrevocable minuto de la confrontación violenta.

El texto que sigue fue publicado directamente después del golpe, en el mismo septiembre de 1973 y es del conocido historiador británico Eric Hobsbawm. Tiene por título “El asesinato de Chile” (pp. 349-352). Hobsbawm también señala que el golpe era un hecho esperado ya por largo tiempo; que se había predicho. Lo afirma, sin embargo, en un sentido muy distinto al de Sweezy. Tanto la derecha como la ultraizquierda, dice Hobsbawm, coincidían en ocuparse de probar que un socialismo democrático –que la vía chilena al socialismo– no podía funcionar; por necesidad cuasilógica debía fracasar. Coinciden además en culpar a Allende del propio golpe. Sin nombrarlo, Hobsbawm responde a Sweezy. Frente a esta perspectiva de la necesidad, Hobsbawm antepone una perspectiva de la práctica y del carácter abierto de los hechos históricos. Por eso puede responsabilizar a los sujetos: Los “asesinos de Chile”, como les llama, pudieron decidir no hacer el golpe. Ninguna fuerza histórica necesaria se les impuso. El verdadero experimento, dice Hobsbawm, se orientó a probar si la burguesía era capaz de atenerse a la legalidad y a la Constitución ahí donde ya no podían usarla para la defensa de sus intereses. No pasaron la prueba. La UP, agrega, no tenía ninguna oportunidad, ni militar ni política, de optar por la vía revolucionaria ilegal. Allende sabía que hubiesen perdido. También lo sabían sus adversarios, los poderosos; por eso instigaron a que se diese la confrontación violenta. Allende en cambio solo contó con la “amenaza de una resistencia” del pueblo, cuestión que finalmente solo consiguió animar más “el gusto por la sangre” de los golpistas. El golpe no sorprendió; no porque se impuso la tesis autoevidente de la imposibilidad del socialismo sin violencia, sino porque el espacio histórico para una salida institucional fue conscientemente imposibilitado, bombardeado, por el golpismo.

El texto que cierra el libro es del historiador y sociólogo británico Ralph Miliband. Publicado en octubre de 1973, tiene el mismo título que el trabajo de Steenland: “El golpe de Estado en Chile” (pp. 353-379). En coincidencia con Ratcliff, Miliband señala que, en la misma medida que la UP se constituyó como una amenaza seria para los poderosos, en esa misma medida ella debió contar con que estos abandonarían la tradicional “lucha de clases” –es decir, una lucha normal en el marco de las democracias capitalistas– y abrazarían la lógica de una “guerra de clases”, esto es, una forma de lucha más allá de la constitucionalidad. Una vez

configuradas las fuerzas conservadoras como decididas a la guerra de clases desde arriba, dice Miliband, la respuesta de Allende, sin embargo, siguió siendo la misma: mantenerse apegado a la Constitución, y desarrollar una política de conciliación para evitar una guerra civil. Frente a escenarios históricos cambiantes Allende debería haber dejado dicha política, pues mientras más insistió en ella, más creció la seguridad y audacia de sus enemigos. Lo que Allende, por inflexibilidad, no hizo, es lo que Miliband obtiene como lección negativa de la experiencia chilena: un gobierno revolucionario debe construir órganos de poder, paralelos y complementarios al Estado, en todo caso listos para actuar de manera coordinada cuando sea necesario. Con tal estructura, el gobierno de Allende tal vez habría sobrevivido.

Joignant y Navia no consideraron el importante artículo “Lecciones sobre el caso de Chile” de Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano, escrito en 1973 a pocos meses del golpe. Para Berlinguer el golpe pudo evitarse de haberse logrado un acuerdo entre la UP y el Partido Demócrata Cristiano; acuerdo que la primera buscó y el segundo negó, optando más bien por el golpe. La lección del caso chileno, al menos para el caso italiano, sería la de la necesidad de un “compromiso histórico” entre el Partido Comunista y la Democracia Cristiana, cuestión que el mismo Berlinguer intentó propulsar. En otros tiempos, con otros actores, ese acuerdo sigue siendo un tema central y controversial en la política chilena. El intento de Allende de encontrar un acuerdo con la Democracia Cristiana es, tal vez, el ejemplo más claro de lo que Miliband le critica como una política inflexible de conciliación. Berlinguer marca un punto distinto al que prevalece en el libro *Ecos mundiales del golpe de Estado*. No conciliación, sino que defensa frente a la violencia fue lo necesario, según la mayoría de los escritos ahí compilados. Según ellos la gran lección histórica de la tragedia de la UP es que un proyecto socialista debe prepararse –aun cuando sea de modo puramente preventivo, anticipador (en todo caso no puramente retórico, como fue el caso de Allende)– para el momento de la confrontación violenta, pues muy probablemente será obligado a tener que vivirlo. Allende no lo hizo. Tal vez sea precisamente por ello que Allende tenga un eco mundial inagotable. Como un héroe trágico, su grandeza es inseparable de lo que muchos consideran su gran error.

Recibida: 09-01-2014

Aceptada: 04-03-2014